

Um Ástu Sigurðardóttur

Ásta Sigurðardóttir (1930–1971) var óvenjuleg íslensk listakona og rithöfundur, sem í dag er talin ein af mikilvægustu höfendum sinnar tíðar og mikil fyrirmynnd í femínsma á Íslandi. Hún fæddist og ólst upp í sveit á Snæfellsnesi, og flutti til Reykjavíkur á lýðveldisárinu 1944. Hún útskrifaðist með kennarapróf árið 1950 en starfaði aldrei sem kennari. Hún hafði áhuga á listum og bókmennum og vildi skapa sér nafn innan myndlistarinnar sem var erfitt fyrir konur á þessum tíma. Árið 2021 var líf hennar og verk sett á svið í Þjóðleikhúsinu, sem styrkti arfleifð og stað hennar í sögu þjóðar.

Ásta ögraði venjum samfélagsins ekki aðeins með skrifum sínum heldur einnig með hegðun sinni. Hún vann fyrir sér sem módel, sat nakin fyrir hjá myndlistarnemum og var stundum kölluð „Ásta módel“.¹ Hún giftist tvívar og átti tvær dætur og fjóra syni, einn þeirra utan hjónabands. Líf hennar var tragískt og mótað af fátækt og áfengisneyslu, sem endurspeglast í verkum hennar. Hún skrifaldi um viðkvæm og erfið málefni eins og kynbundið ofbeldi, fátækt, barnaníð og fóstureyðingar.² Hún varð fræg í heimi bókmenntanna

1 Kristín Rósá Ármannsdóttir, „Ásta Sigurðardóttir: líf hennar og list“, *Skáld.is*, 2017. <https://skald.is/greinar/15-asta-sigurdardottir-lif-hennar-og-list-eftir-kristinu-rosu-armannsdottur> [Sótt 25. mars 2025]

2 Fóstureyðingar voru lögleiddar á Íslandi árið 1935, en leyfið var háð miklum takmörkunum, s.s. þegar lífi konunnar var stofnað í hætta. Steinþórssdóttir, Guðrún, „En fátækari stelpur, ógiftar, eiga ekki að vera að þessu“: Um „Kóngaliljur“ Ástu Sigurðardóttur. Í Guðrún Steinþórssdóttir, & Sigrún Margrét Guðmundsdóttir (Útg.), *Ástusögur: Um líf og list Ástu Sigurðardóttur*, 2021, bls. 112.

daginn eftir að hún birti sína fyrstu smásögu „Sunnudagskvöld til-mánudagsmorguns“³ árið 1951 í tímaritinu *Lífi og list*. Sagan hafði mikil áhrif vegna þess að Ásta sagði frá nauðgun sem hún sjálf hafði orðið fyrir.⁴

Í „Kóngaliljum“⁵ birtist varnarleysi ungrar, fátækrar, sjúkrar, óléttrar konu í samfélagi þar sem hlutverk kvenna takmarkaðist af því að giftast Íslendingi og verða heimavinnandi húsmæður.⁶ Ísland var hernumið í síðari heimsstyrjöldinni, fyrst af Bretum og síðar Bandaríkjumönnum, og þó sagan fjalli ekki beint um sambönd íslenskra kvenna við setuliðið þá kemur tilvist þeirra skýrt fram í söguþræðinum. Sagan er hlaðin táknum og tilfinningum og þar má finna stílbrögð sem einkenna höfundarverk Ástu, svo sem andstæður, endurtekningar og myndlíkingar, sem gefa textanum lýrískan blæ.

3 Ásta Sigurðardóttir, „Sunnudagskvöld til móndagsmorguns“, *Lífi og list*, 1951, bls. 14–17. <https://timarit.is/page/5384790#page/n13/mode/2up> [Sótt 25. mars 2025]

4 Bergsteinn Sigurðsson, „Ásta var forðaemd fyrir sína #metoo-sögu“ *Rún.is*, 2021. <https://www.ruv.is/frettir/innlent/2021-09-17-asta-var-fordaemd-fyrir-sina-metoo-sogu> [Sótt 25. mars 2025]

5 Ásta Sigurðardóttir, „Kóngaliljur“, *Sögur og ljóð*, Reykjavík: Mál og menning, 1985, bls. 91–101. Birtist fyrst í tímaritinu *19. júní*, Reykjavík: Kvenréttindafélag Íslands, 1958, bls. 22–26. Þýðingin er unnin frá femínísku sjónarhorni og stuðlað er að tungumáli án aðgreiningar.

6 Steinþórssdóttir, Guðrún, „En fátækur stelpur, ógiftar, eiga ekki að vera að þessu? Um „Kóngaliljur“ Ástu Sigurðardóttur. Í Guðrún Steinþórssdóttir, & Sigrún Margrét Guðmundsdóttir (Útg.), *Ástusögur: Um líf og list Ástu Sigurðardóttur*, 2021, bls. 104.

Sobre Ásta Sigurðardóttir

Ásta Sigurðardóttir (1930–1971) fue una extraordinaria artista y escritora islandesa, considerada hoy una de las autoras más importantes de su tiempo y gran referente del feminismo en Islandia. Nació y se crio en una granja en la península de Snæfellsnes, y se mudó a Reikiavik en 1944, el mismo año que Islandia logró su independencia. Realizó estudios de Magisterio y se graduó en 1950, pero nunca llegó a ejercer como maestra. Mostraba interés por el arte y la literatura, y quería hacerse un hueco en las artes visuales, campo de difícil acceso para las mujeres de aquella época. En 2021, su vida y obra fueron llevadas al teatro en Islandia, consolidando así su legado y figura en la historia del país.

Ásta desafió las normas morales establecidas en una sociedad patriarcal, no solo con sus escritos sino también con su comportamiento. Trabajó como modelo posando desnuda para estudiantes de arte, era también conocida como «Ásta la modelo».⁷ Se casó dos veces y tuvo dos hijas y cuatro hijos, uno de ellos fuera del matrimonio. Su vida fue trágica y estuvo determinada por la pobreza y el abuso del alcohol, lo cual se refleja en su obra. Escribió sobre temas delicados y difíciles de abordar, tales como la violencia de género, la pobreza, el maltrato infantil y el aborto.⁸ Consiguió po-

7 Ármannsdóttir, Kristín Rós. “Ásta Sigurðardóttir: líf hennar og list”, Skáld.is, 2017. <https://skald.is/greinar/15-asta-sigurdardottir-lif-hennar-og-list-eftir-kristinu-rosu-armannsdottur> [Acceso: 25/03/25]

8 El aborto fue legalizado en Islandia en 1935, aunque sujeto a muchas restricciones, como el riesgo de vida de la mujer. Steinþórsdóttir, Guðrún. “En fátekar stelpur, ógiftar, eiga ekki að vera að þessu”: Um “Kóngalíjur” Ástu Sigurðardóttur. En Guðrún Steinþórsdóttir, & Sigrún Margrét Guðmundsdóttir (Ed.), *Ástusögur: Um líf og list Ástu Sigurðardóttur*, 2021, p. 112. Nótese que la autora del relato original utiliza el término “sérfræðingur” (especialista) como eufemismo para referirse al médico al que ha de acudir la protagonista para tramitar el aborto.

pularidad en el mundo de las letras un día después de publicar su primer relato «La noche del domingo hasta la mañana del lunes»,⁹ en la revista *Líf og list* en 1951, que tuvo un gran impacto por contar una violación que ella misma había sufrido.¹⁰

En «Lirios reales»¹¹ retrata la vulnerabilidad de una joven enferma, soltera, embarazada y pobre en una sociedad en la que el rol de la mujer se limitaba a casarse con un islandés, y ser madre y ama de casa.¹² Durante la Segunda Guerra Mundial, Islandia fue ocupada tanto por Gran Bretaña como por Estados Unidos y, aunque la historia no trate de forma directa sobre las relaciones entre las mujeres islandesas y los soldados, la trama deja constancia de ello. El relato presenta una significativa carga simbólica y emocional donde encontramos recursos estilísticos recurrentes en la autora, como el contraste, la repetición y la metáfora, que le otorgan cierta dimensión lírica a su prosa.

Lirios reales

Recostada sobre el viejo y estrecho diván, que crujía con cada uno de sus movimientos, se encontraba la joven enferma. Tenía asma y se había resfriado. Sus pulmones resollaban, según el médico, y también tenía una tos muy fea.

Su amiga estaba de visita justo por ese motivo. Se había sentado sobre una caja frente al diván. Al llegar había apartado un tarro de mermelada con flores marchitas. Ya no se podía saber qué flores eran. La amiga fumaba sin parar mientras retorcía los dedos de los

9 Título original: *Frá sunndagskröldi til mánudagsmorguns*. Traducido al español por Kristinn R. Ólafsson en *Hijas del frío. Relatos de escritoras nórdicas*, Madrid: Ediciones de la Torre, 2012, pp. 158–167.

10 Sigurðsson, Bergsteinn. “Ásta var forðaemd fyrir sína #metoo-sögu”, *Ráði.is*, 2021. <https://www.rudi.is/frettir/innlent/2021-09-17-asta-var-fordaemd-fyrir-sina-metoo-sogu> [Acceso: 25/03/25]

11 Título original: *Kóngalíljur*. Publicado por primera vez en la revista *19. júní*, Reykjavík: Kvenréttíðafélag Íslands, 1958, pp. 22–26. Sigurðardóttir, Ásta. “Kóngalíljur”, *Sögur og ljóð*, Reykjavík: Mál og menning, 1985, pp. 91–101. La traducción se realiza desde un enfoque feminista, se aboga por el uso del lenguaje inclusivo.

12 Steinþórssdóttir, Guðrún. “En fátækar stelpur, ógiftar, eiga ekki að vera að þessu”: Um “Kóngalíljur” Ástu Sigurðardóttur. En Guðrún Steinþórssdóttir, & Sigrún Margrét Guðmundsdóttir (Ed.), *Astusögur: Um líf og list Ástu Sigurðardóttir*, 2021, p. 104.

pies con las uñas pintadas de rojo. El frío del suelo traspasaba las finas suelas de sus sandalias de fiesta.

El aire húmedo y contenido se saturaba poco a poco de humo de tabaco. Tanto que incluso el olor a humedad se rendía ante la acritud del humo y la sofocante fragancia de Chanel n° 5. El descolorido papel de la pared —que una vez fue de color azul pastel— se había despegado del techo combado de la habitación, y pendía por encima de la chica enferma. Estaba mohoso y cubierto de motas de polvo que relucían como copos de nieve.

El polvo que flotaba en el aire brillaba en los tenues rayos de sol que entraban a través de un ventanuco sucio y agrietado. Estaba situado en lo alto de la pared, como en otros barracones. Los muchachos solían jugar a golpearlo con piedrecillas y dispararle con tirachinas, si es que tenían uno. Pero el cristal, doble y resistente, soportaba ese tipo de proyectiles salvo por unas singulares grietas que habían brotado —eran como minúsculos soles con parhelio cuando había claridad afuera y, en la oscuridad, se asemejaban a pequeñas lunas envueltas en un halo. Resplandecían a la suave luz del día y, cuando la ventana lloraba durante la noche, la luz exterior se fraccionaba en el cristal empañado transformándose en un hermoso abanico de colores; y las grietas brillaban como diminutas estrellas. La joven disfrutaba contemplando aquel maravilloso espectáculo hasta que el vecino apagaba las luces.

La amiga tenía una expresión de resentimiento en su rostro. Habían discutido. Estrujó sus finos guantes color salmón como si fueran un trapo. Era una mujer pálida y muy delgada, alrededor de los treinta, con el pelo teñido de rojo y los labios pintados de violeta. Sus huesudos dedos estaban adornados con muchos anillos, pero ninguno era una alianza, el más codiciado de todos. Eran una colección de bisutería barata, esa que a algunas mujeres les gusta poseer y mostrar. Además, llevaba un montón de pulseras que resonaban cuando movía las manos para apartar el humo o fijar el cigarrillo en su colorida boquilla larga, como las que usan las estrellas de cine.

—Tienes que ir al especialista —le dijo—. Creo que estás loca si no haces nada al respecto. Dios, no sé dónde estaría yo si no fuera por él, ¡estaría muerta!

—Pero hay que tener a alguien a quien querer —dijo la joven enferma dudando—. No solo a veces, sino todo el día, toda la noche; algo de qué preocuparnos, que consideremos hermoso. Siempre. Quiero tener flores, que son bonitas y buenas; y bebés, que también lo son. Quiero tener algo así, algo que valga la pena.

—Siempre, ¡dices! —le interrumpió su amiga—. ¿Qué se tiene para siempre? Nada. Yo creí que tendría a Jim para siempre, creía que nos amábamos. ¡Dios mío! Unas noches y adiós, *bye bye*, desapareció. Tú creíste que siempre tendrías a Sissí, la pequeña que tuviste con John, ¡aunque él te abandonara! Después de un año, la bebé murió de encefalitis. Así es como una acaba perdiéndolo todo.

—¡Y flores! ¿Quién tiene flores en un barracón? Me pregunto. Solo se tienen en salones elegantes de gente acomodada. —Resopló con desprecio y dio una patada al tarro de mermelada, que salió disparado hacia un lado. Se oyó el crujir de las flores marchitas, hacía mucho que no tenían agua. El tarro rodó por el suelo.

—Las flores se marchitan y se convierten en desechos, y las criaturas se enferman y mueren. Así se pierde todo. ¡Todo! Por cierto, me parece que tuviste suerte de que Sissí muriera. La joven enferma se sobresaltó indignada.

—Madre mía, qué desalmada puedes llegar a ser —le reprochó.
—La amiga se encogió de hombros y encendió otro cigarrillo.

—¿Desalmada? No. Solo digo la verdad. Las criaturas están muchísimo mejor cuidadas con Dios una vez que los padres se han largado a Estados Unidos. ¿Qué podemos hacer, entonces? Ni siquiera darles algo que llevarse a la boca. *I'm telling you the truth. Gosh!*

—Aun así, me parece que hay que tener a alguien a quien querer —suspiró—. Si no, creo que me muero. Eso no es vivir, ¡achís! No he tenido vida alguna desde que mi Sissí falleciera, antes de que...

—¡Ya empiezas otra vez! Hay mucha gente que ha tenido bebés que han muerto, hasta gente adinerada, y al final dejan de quejarse por ello.

—Sí, pero es que ella era tan guapa y buena...

—Basta ya. Era como cualquier otra niña, como cualquier niño. Es algo que le sucede a la gente, a muchas personas. Pero las muchachas pobres y solteras no tienen que dedicarse a eso. A ser madres, me refiero. Y todavía menos en un barracón. *I mean that.*

La amiga se golpeó el muslo con los guantes y exhaló el humo con intensidad. No se había dado cuenta de que la chica enferma había comenzado a sollozar.

—Creo que tienes suficiente con Nonni, si es que puedes conformarte con un islandés. No entiendo cómo puedes estar con él, un marinero desgreñado, un obrero que trabaja en el puerto. ¡Dios, es tan de campo! Pero no importa. Imagino que no va a tardar en decirte adiós cuando le des las noticias. —La joven enferma se levantó y se secó las lágrimas. Estaba molesta.

—Ya se lo he dicho —replicó—. Y no fue nada malo conmigo, sino todo lo contrario. No quiere que vaya al especialista. Dice que alguna solución habrá. —La amiga resopló.

—¡Alguna solución! ¡Eso es fácil de decir! ¡Alguna solución! En este barracón que se cae a cachos, y tú sin salud y sin nada. ¿Ya no te acuerdas de lo que pasó con Sissí? Creo que estáis mal de la cabeza. *I say that.*

Hubo un momento de silencio.

Entonces, la chica enferma comenzó de nuevo a sollozar y el sollozo se convirtió en un doloroso llanto. Al final, rompió a llorar a lágrima viva.

La amiga estaba apurada. Primero, se arrodilló y levantó el tarro con las flores marchitas y las arregló, como si todavía estuvieran frescas y vivas. Luego, se inclinó hacia la joven y pasó la mano con timidez sobre su pelo corto.

—Dios, cuánto lo lamento —susurró—. Pero sabes que te deseo lo mejor. Ves que esto es imposible, tal y como están las cosas..., son tiempos difíciles. Puedo ir contigo al especialista, si te da pudor. ¿Qué me dices? ¿Te parece que vaya contigo? Deja de llorar, amiga.

Las palabras de consuelo tranquilizaron a la muchacha enferma, y su llanto se fue calmando poco a poco. Finalmente, se incorporó y se secó las lágrimas con los puños, como una niña pequeña. Se abrazó las piernas, las tenía frías. Su nariz estaba colorada y su cara hinchada.

—Dame un cigarrillo —dijo con voz gangosa estirando la mano.

—Por supuesto, querida. No se puede perder el ánimo mientras

las cosas se puedan solucionar. El especialista es todo un profesional, y muy amable. No sé cuántas veces me ha ayudado. *You see.* Esto es algo que una tiene que hacer.

La joven enferma seguía con la mirada el humo, que se dispersaba en los rayos de sol. Se sorbió los mocos. Tenía cara de rendición.

—Quizá vaya al especialista —dijo al final—. Pero, Dios, todo es tan horrible. —La amiga suspiró y la evitó con la mirada, dejándola perdida en las flores marchitas.

—Iré contigo —dijo entonces. De repente, había bajado la voz. Era una voz de anciana.

—Tienes que conseguir dinero. Es caro. Nonni tiene que...

—Sí, necesito dinero —dijo ella—. ¿Y qué le voy a decir? Dios mío, esto es todo tan terrible.

—Nonni conseguirá el dinero. Tiene que hacerlo.

—Sí, pero ¿qué le digo? ¿Cómo se lo explico? ¡Es que es tan bueno!

Fue al especialista. De hecho, no era el especialista de su amiga, sino el suyo propio.

—Bueno, ¿tú aquí de nuevo?

—Sí.

—¿Qué pasa esta vez?

—Muchas cosas.

—Vaya! Dime; problemas con el alcohol, falta de vitaminas, amor, pobreza, ansiedad, el frío de la casa...

—Sí, eso también, pero... —Incómoda, la joven guardó silencio mirándose el regazo.

El especialista, que movía impaciente los dedos sobre el borde de la mesa, pensativo, dirigió la vista hacia un formulario en blanco.

—Pero... ¿qué ocurre? —preguntó—. Dime, qué pasa.

—Muchas cosas.

—Muchas, sí, de acuerdo. ¿Qué es lo que más te preocupa?

—Me preocupa mucho tener que estar allí en invierno. Hace tanto frío y es un lugar tan desagradable y...

—Solo tienes que casarte, mujer. Hacerte con un piso y un hombre, y casarte. Así se arreglará todo y olvidarás el pasado. Todo el mundo tiene problemas, pero después de la tormenta llega la

calma. Lo mejor es tener entereza, absolutamente. —Sonrió de forma alentadora. Le pareció que lo había hecho bien.

—Estoy embarazada —le dijo.

La sonrisa del especialista se congeló convirtiéndose en un gesto de espanto. La miraba fijamente con la boca abierta, rígido en su rostro. La muchacha sintió temor al verlo con esa cara. ¿Qué había dicho?

—Pero este es un buen chico —dijo de manera atropellada—. Esta vez no es un yanqui, este es bueno y no me va a dejar. Es un chaval corriente, un obrero, islandés, trabaja en el puerto. Y me dice: «lo tendremos, alguna solución encontraremos...», ¡achís!

La chica estornudó y detuvo su discurso. El especialista relajó el rostro. Ahora podía cerrar la boca, y lo hizo con cuidado. Después, tragó saliva y suspiró.

—Lo digo en serio —añadió convincente—. Para nada me está engañando. Es un buen muchacho.

—Podéis..., ¿no puede él conseguir un piso, y casaros? Así, todo se solucionaría.

—Es pobre y sólo logra trabajar de vez en cuando. No tiene dinero para comprar un piso. Y ya se me nota. Las mujeres se dan cuenta nada más verme y, por eso, no quieren alquilarnos... —El especialista, de alguna manera, había vuelto de nuevo a su ser. Comenzó a apilar los formularios, perfectamente alineados, como si fueran uno solo.

—¡Ya veo! Una situación, mmm, muy desafortunada, quiero decir, incómoda. Sí, tiene que haberlo sido.

Silencio.

—Deberías haber tenido..., la gente debe tener más cuidado. Los barracones no son lugares adecuados para formar una familia. Y, mmm, pues, gente sin piso, con poco dinero, sin estar casada....

—Sí, es que estaba en la calle. Y yo..., lo quiero, le prometí que estaría... —La joven miró de reojo al especialista, con timidez, disculpándose—. Es tan bueno.

—Bueno, sí, claro, claro. Ya, ya. Pero eso no es suficiente. Hay que tener entereza. Absolutamente. Y gente pobre, en un barra-cón..., todavía más.

Su rostro se ensombreció. Las pecas se tornaron casi negras.

—Sé que hay que tener cuidado, y tener ente..., ¡achís! ¡Ay!
En...

—Entereza.

—Sí. Pero es que él tenía tanto frío durmiendo en el suelo. Y el diván es tan estrecho, que nos rozábamos. Y las manos se van solas.

—Ejem, ejem.

—Sé que no se puede, pero es que era tan bueno. Hay muy pocos así, yo no podía... ser mala. —La chica se quedó en silencio. Reprimió un estornudo y puso cara de obstinación. El especialista carraspeó.

—No se hable más, hay que encontrar la mejor solución posible. Tenéis que casaros, cuanto antes, y tienes que tratar de conseguir asistencia sanitaria. Quizá estés débil cuando, mmm, nazca la criatura. ¿De cuánto, mmm, tiempo estás?

—De más de tres meses.

—Anda, entonces casi no, apenas... Pero, de todas formas, tienes que conseguir asistencia sanitaria. Después, ir a un reconocimiento a un centro de salud y demás. Eso no cuesta nada de dinero.

El especialista cogió un formulario y lo llenó de inmediato, esta vez era distinto a todos los anteriores. Empezó a mover la pila de papeles y el orden en la mesa se deshizo en un abrir y cerrar de ojos.

—Tienes que ponerte inyecciones, me refiero a las de vitamina, ser moderada con la bebida e intentar fumar menos.

—Lo estoy intentando. Pero cuando se tiene hambre...

—Sí, tienes que comer bien. ¡Absolutamente!

El especialista se levantó, esta vez enérgico y determinante. Le dio el formulario con elegante movimiento de mano.

—Bueno, todo se arreglará. Tenemos que esperar lo mejor y sacar lo mejor de todo, y tener entereza. Es nuestro deber ciudadano. Absolutamente. Tienes que hablar con los servicios sociales y ver si pueden arreglarte la calefacción. Quizá pinten también. Intenta que lo hagan. Luego, ahorra tanto como puedas y no compres nada que no sea necesario, ningún capricho para tu bebé. Lo más importante es que nazca con buena salud.

—Sí, lo haré, lo haremos. ¡Achís! —El especialista abrió la

puerta de su despacho y, mientras ella la cruzaba, le dio una palma-dita en el hombro.

—Dices que es bueno. Sois dos, y así os podéis ayudar mutuamente. Es muy importante tener entereza..., pero quizá, sobre todo, ser buena persona.

La joven ya había esperado en las oficinas de servicios sociales, de pie, delante de Ólafur y Sveinn. Ambos le habían sonreído y habían sido muy caballerosos y amables.

—Sí, sí, muy pronto, muy pronto —había dicho Ólafur.

—Sí, sí, por supuesto, por supuesto —había señalado Sveinn, muy enérgico, antes de entregarle una nota.

También había estado esperando frente a la ventanilla de la mujer que se encargaba del dinero. Allí había cambiado la nota de Sveinn por un billete de los grandes, rígido y de color marrón. Después, lo cambió por billetes pequeños y arrugados —azules, rojos y verdes— que fueron a parar aquí y allá.

Unos fueron a parar a la mujer de la tienda donde está el pájaro. Es un pájaro grande y astuto con un pico también grande y rojo, de patas largas y coloradas. Es como si supiera algo, como si guardara un secreto importante y estuviera decidido a no desvelarlo. Así es ese pájaro.

Otros, a la floristería del centro que es tan singular. Las flores son especialmente bellas cuando no hay nada bonito a su alrededor. A veces, las tienen baratas y es posible comprarlas sin avergonzarse de la pinta que una pueda llevar. Es una buena tienda.

Otros, a la tienda de ropa. Había una bata tan linda en el escaparate. Era de algodón, pero tremadamente bonita, de colores alegres y claros. La muchacha no pudo resistirse a la tentación.

Y otros, a la tienda de alimentación *Clausen*. Incluso a alguien que acaba de comer se le puede abrir el apetito de nuevo al mirar su escaparate. Ella se moría de hambre mientras esperaba en la fila. Cuando le tocó el turno, compró lo que había deseado durante mucho tiempo, y alguna cosa más.

El dinero se gasta rápido. Y solo le quedaban unos billetes de cinco coronas y uno de diez. Guardó unas monedas en sus sudorosas palmas. Las iba a usar para el autobús, pero decidió caminar

para ahorrar dinero. La gente estaba muy feliz e iba muy bien vestida, y hacía un tiempo fabuloso.

Cuando giró para dejar atrás la calle Túngata, una ráfaga de viento fresco la alcanzó desde el final de la calle Hofsvallagata, recorriendo todo el camino desde el mar. Y el mar estaba resplandeciente por el sol, y las nubes de un blanco luminoso por el sol, y el cielo de un azul brillante por el sol. Y el mismo sol deslumbraba tanto en aquel vasto y profundo cielo, que la joven dirigió su mirada a lo lejos. Atisbió las opulentas casas que relucían como palacios de cuentos de hadas junto al fiordo, y vislumbró una franja oscura que destacaba en el destellante oeste. Esa franja oscura parecía las ruinas de un incendio, como si unas casas se hubieran quemado hasta reducirse a cenizas. Pilares negros apuntaban al cielo entre los despojos como miembros calcinados.

La joven, sabiendo lo que era, sonrió para sí misma y comenzó a caminar más rápido. No eran las ruinas de ningún incendio, en absoluto. Era el vecindario de barracones donde vivía. Allí no se había quemado nada. Allí, lo que es más, vivían personas, gente trabajadora de carne y hueso. Allí vivía ella, allí vivían ellos. Él llegaba a casa esa noche, su chico. ¡Pronto serían tres!

Ese pensamiento le reconfortó el corazón y apretó hacia sí misma sus paquetes con más fuerza. Cuando se cruzaba con mujeres elegantes, se enderezaba para que se le notara un poco más, y se olvidaba por completo de que no tenía una alianza y de que ellas podrían percatarse.

La suave brisa del mar alborotaba su pelo corto de color castaño claro, y tenía la cara llena de pecas. Sin embargo, se veía a sí misma como una mujer rica y refinada. En sus paquetes llevaba cosas que las demás no tenían. Había, por ejemplo, ropita interior de bebé, un pelele de invierno rosa y un jersey; y un diminuto camisón con un bordado blanco y rosa en el pecho. De pronto, vio tres felices pájaritos que cantaban sobre una pequeña rama. Uno era minúsculo.

¡Oh, pero qué bonitos eran! ¡Qué ilusión le hacía enseñarle a Nonni todo esto! La linda bata, la ropita que acababa de comprar en la tienda del pájaro, ¡y las flores!

Había comprado lirios para él, para los dos. Los colocaría en la botella de leche sobre la caja frente al diván para que pudieran

mirarlos en cualquier momento y alegrarse cuando se hubieran ido a dormir. Así no tendrían que ver las grietas del cristal.

Eran lirios de un blanco esplendoroso, translúcidos y delicados. Aún en su envoltorio, no podía dejar de mirarlos.

¡Maravillosas flores! Lirios reales os llamáis. ¡Increíble que de la tierra negra brotéis!